

EL PRI EN 1995. EL AÑO DEL DESENCUENTRO

RICARDO ESPINOZA TOLEDO

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

Para el Partido Revolucionario Institucional (PRI), 1995 fue el año del desencuentro: con los partidos de oposición porque no se avanzó en el diálogo para la reforma política; con el presidente de la República porque la búsqueda de una sana distancia generó dispersión y obligó a trabajar para recomponer la alianza; consigo mismo porque su reforma interna, prometida para 1995, no llegó; en las justas electorales locales, porque la nota predominante fue la pérdida de velocidad del PRI y el consecuente despunte del PAN y, en lo interno, debido al divisionismo y a las dificultades para reinstaurar la disciplina política.

El diálogo político en suspenso

En sentido estricto, en 1995 la política se inició con la firma de los Compromisos para un Acuerdo Político Nacional, el llamado Pacto de los Pinos, firmado por los cuatro partidos políticos representados en el Congreso de la Unión. Se trata, con toda certeza, de uno de los acontecimientos más importantes de la vida política en México. El documento, titulado *Compromisos para un Acuerdo Político Nacional* (firmado el 17 de enero de 1995) dio lugar a interpretaciones optimistas.¹ La trascendencia del Pacto de Los Pinos consistía en hacer de los partidos representados en el Congreso el motor de la transformación democrática del Estado. El paso siguiente para materializar este propósito, se estableció entonces, sería la reforma electoral. Al respecto, el secretario de Gobernación señaló que el compromiso asumido era avanzar de inmediato en la conclusión de la reforma electoral definitiva a nivel federal. El diálogo político nacional, con la parti-

cipación de las fuerzas nacionales, sería la base para acordar “con oportunidad” las reformas electorales necesarias, hacer que las instancias electorales se conduzcan con apego a la ley y que ésta sea acatada y aplicada. Por lo pronto, el ofrecimiento era que los conflictos poselectorales se resolverían en un marco de legalidad, justicia y respeto mutuo para que, una vez establecidas las condiciones de equidad y legalidad previas a las elecciones, es decir, una vez concluidas las reformas electorales, se erradique la desconfianza. Desde esta perspectiva —como lo indica el documento firmado por los partidos—, la reforma electoral operaría como instrumento e hilo conductor de la reforma democrática, garante, a su vez, de la vigencia del Estado de derecho.

El *Acuerdo*, necesario desde cualquier punto de vista, fue abandonado en la práctica. El diálogo político nacional fue sustituido por el repliegue de todas las fuerzas, con argumentos y razones distintos. Los procesos electorales locales o el posible nombramiento del director del Instituto Federal Electoral (IFE) fueron el detonante. En el fondo imperó la desconfianza. El triunfo del PAN a la gubernatura de Jalisco se interpretó en algunos círculos como un mecanismo tendiente a reafirmar la no tan nueva alianza PAN-presidente; de la licencia del gobernador de Chiapas, Robledo Rincón se dijo que llegó tarde, y agudizó las diferencias dentro del PRD; Tabasco siguió siendo arena de la disputa PRD-PRI; mientras que el candidato del PRI a la gubernatura de Yucatán despertaba serias sospechas entre la oposición acerca de la voluntad de ese partido para reformarse e impulsar un proceso efectivo de reforma democrática del poder. Por estas y otras razones, durante 1995 el *diálogo* quedó en suspenso. La promesa de reforma del PRI no tuvo mejor suerte.

La “sana distancia”

A principios de septiembre de 1994, Ernesto Zedillo, presidente electo, retomó el asunto de la reforma de su partido. Se inició entonces la preparación de una *agenda de reformas*, uno de cuyos puntos clave era redefinir las relaciones del PRI con el presidente de la República. Zedillo indicó que no se trataba de una ruptura, sino de una *sana y clara distancia* que permitiría al PRI fortalecer sus tareas y su capacidad como interlocutor legítimo de la sociedad ante el gobierno, distancia que debía quedar clara tanto para la sociedad como para cada militante, y que debería establecerse por igual frente al gobierno federal y los niveles estatal y municipal, dijo el entonces candidato presidencial. En síntesis, como partido en el poder estaba obligado a vigilar el cumplimiento del programa de gobierno, pero esa identificación o esa exigencia no deben significar una dependencia del gobierno.² Aceptar el compromiso de dejar que sea el partido quien asuma las decisiones que le corresponden iba a la par con su reivindicación de buscar gobernar para todos. Las funciones entre ambos niveles quedaban así diferenciadas. Seguía pendiente el lineamiento sobre la reforma interna o democratización del PRI.

En el Foro Nacional de la Democracia, efectuado en agosto de 1994, Ernesto Zedillo había mencionado algunos puntos que no podían quedar fuera de la agenda de transformaciones de su partido: es necesario atender el proceso de selección de candidatos a puestos de elección popular, pues en el marco de la competencia electoral se debe postular a los mejores hombres y mujeres, así como establecer reglas transparentes, explícitas y democráticas para la selección de éstos. “Por mi parte —dijo el presidente—, como miembro del PRI, hoy puedo proponer [...] que se impulse la selección democrática de sus candidatos y dirigentes, mediante la realización de elecciones internas o convenciones representativas”. Declaró que a partir del primero de diciembre, es decir, de su toma de posesión, se asumiría como un miembro pasivo del PRI, con el inquebrantable compromiso de no intervenir en lo absoluto en su vida interna. En contrapartida, reiteró su aspiración de ser el presidente de todos los mexicanos.

A la luz de la reedición de las prácticas conocidas en la relación presidente-PRI, tal parece que discurso (propuestas o proyectos) y práctica se desplazaron por caminos paralelos, pero sin tocarse. Cuando en el Foro de la Democracia el entonces candidato presidencial

afirmó que la democracia “exige una sana distancia entre mi partido y el gobierno”, agregó: “la Constitución señala con precisión el espacio que a cada uno corresponde y *mi compromiso será mantener diáfana la distancia que debe separarlos*”.³ Seguramente esto no significa desencuentro, alejamiento ni divorcio, pero entre los dichos y los hechos lo único claro siguieron siendo las paradojas en la relación del presidente con su partido.

La informe “sana distancia” también aparecía ligada a la democracia, hacia dentro y hacia afuera de la organización. El candidato presidencial del partido oficial proyectó el *nuevo PRI* en los siguientes términos: como un partido autónomo del gobierno y de los intereses particulares, representativo de sus militantes y de sus voluntades, que integre nuevas fuerzas y se transforme para atender las demandas de democratización interna, que sea transparente en sus finanzas y capaz de competir en condiciones de equidad con otros partidos. En el ámbito externo, el fortalecimiento del PRI se concebía como un paso obligado del fortalecimiento de la vida democrática.⁴ Sin embargo, ni la reforma interna de ese partido prevista para 1995 ni la anunciada autonomía frente al gobierno se hicieron realidad. Meses después, Zedillo insistió en no haber tenido nada que ver en la designación de candidatos de su partido en 17 estados del país en los que hubo algún tipo de elecciones locales durante 1995, pero la opinión pública vio en la llegada del nuevo dirigente nacional del PRI, Santiago Oñate, una decisión presidencial.

La evolución política ha conducido al *tricolor* a convertirse en un partido más, lo cual, al propio tiempo, influye en sus prácticas internas: los cambios en el comportamiento de militantes y parlamentarios, las demandas de modificación de la relación con el presidente, la inconformidad por el rumbo económico seguido hasta ahora, entre otras acciones, dan cuenta del desgaste que en el PRI han generado cincuenta años de poder,⁵ pero también ha obligado a replantear la relación PRI-presidente de la República.

El reencuentro

Los cincuenta largos años del PRI han revelado la presencia de un partido con formas organizativas diversas, dentro de las cuales el predominio es de los “sectores”, sin que la “territorialización” haya logrado equilibrar las cosas. En todo caso, desde el punto de vista organizativo es un partido carente de homogeneidad. En

buena medida por esa misma razón, los grupos de poder son múltiples y la disparidad de opiniones que ya se expresó abiertamente durante 1995 dio paso a conflictos internos cuya solución sólo podía darse recurriendo a la tradicional *disciplina*, a la recomposición de los grupos o a ambas. Para algunos, esta situación estuvo propiciada por el distanciamiento observado entre el presidente de la República y el PRI. El alejamiento, circunstancial o no, liberó las fuerzas internas y las metió en una dinámica de disputa por el control de la organización. Pero se puede también suponer que la “sana distancia” fue promovida no precisamente por el presidente de la República, sino por su partido mismo. Porque no pasó mucho tiempo antes de que el presidente Zedillo convocara a su partido a la recomposición de la gran *alianza*. En cualquier caso, si algo se confirma es la importancia relevante que el liderazgo y la influencia del presidente de la República tienen para dotar de coherencia al PRI, aunque su margen de intervención se reduzca.

El discurso pronunciado por Ernesto Zedillo Ponce de León en la conmemoración del 66 aniversario del PRI (el 6 de marzo de 1995) constituyó un llamado del jefe del Ejecutivo a reforzar los lazos de unión con el partido que lo hizo su candidato presidencial y lo llevó al poder. El discurso de la “distancia clara y sana” entre PRI y gobierno quedaba atrás. El 5 de marzo de 1994 ese mismo foro fue el escenario para la presentación del programa de reforma política más ambicioso de los últimos tiempos, el de Luis Donaldo Colosio, que incluía la reforma del PRI. En esta ocasión el presidente Zedillo, tras llenar de elogios a su partido, dijo fundar su acción en el cumplimiento de la plataforma de éste, ratificó su pertenencia al PRI y, luego de defenderlo públicamente, le pidió una alianza firme “para fortalecer a México”.

El discurso de referencia se enmarca en un momento político diferente. Inestabilidad económica, escándalos políticos, errores y una gran diversidad de problemas no resueltos se conjuntaron para forzar un repliegue político del presidente. Para despejar cualquier duda, la líder nacional del PRI reiteró que el presidente no renuncia a su partido, “busca establecer una nueva relación entre ellos” y *no implica la abjuración de su natural liderazgo sobre la organización política que lo llevó al poder*. Ernesto Zedillo, por su parte, pidió el apoyo del PRI “y que unidos consolidemos una gran alianza política”. Como presidente de la República y como militante del PRI, es decir, en su doble carácter, convocó a su partido “a una gran alianza para la unidad nacional”,

pues —remarcó— en ese partido reside la mayor base de apoyo y legitimidad de su gobierno. En correspondencia, María de los Ángeles Moreno definió como muy fuerte al gobierno que preside Ernesto Zedillo, a quien el PRI “le reitera su apoyo y solidaridad militante a que su conducta lo hace merecedor”. En desagravio de su partido, Zedillo había aclarado: unidos “no nos vencerán”.⁶

Probablemente no todo sea un simple realineamiento o se reduzca, sin más, a la restauración de los viejos mecanismos de intercambio entre el presidente y su partido. Pero si la multitudinaria oferta de reforma del PRI sigue estando pendiente, la promesa del presidente de no inmiscuirse en la vida interna de su partido parece haber dado paso a la injerencia del partido en la acción del presidente. En todo caso, sea por las circunstancias políticas o como resultado de un ajuste del proyecto, la *nueva relación* no apuntó en la dirección originalmente planteada. En realidad se trató de un reencuentro.

El debate interno

De acuerdo con sus declaraciones, el PRI se encaminaba hacia su XVII Asamblea Nacional y, como es tradición, por lo menos una vez durante cada sexenio se da a la tarea de adecuar sus documentos básicos. La polémica sigue estando en torno de si los postulados adoptados en cada ocasión se cumplen o permanecen únicamente como promesas incumplidas. Pero ése es otro tema. Lo cierto es que el PRI sigue siendo uno de los raros partidos en el mundo que se encuentran en mutación permanente de programa. Quizá la explicación estribe en el hecho de que es el partido gobernante (en el poder o del poder, como se quiera) desde hace más de seis décadas, y en la peculiar relación mantenida con la figura presidencial. De cualquier modo, desde el punto de vista ideológico el PRI da la imagen de ser un partido en movimiento permanente.

En el principio el referente fue la Revolución. Su contenido fue distinto en cada sexenio. Lo mismo era rectoría económica exclusiva del Estado que economía mixta, reformas sociales que alianza para el progreso, unidad nacional que lucha de clases, nacionalismo que inversión extranjera, etc. La ideología de la Revolución, generosa como es, daba para todo pues se fundaba en una tríada indisputable: libertad, democracia y justicia social, para no hablar de nacionalismo, soberanía y principios republicanos. Los cambios en la correlación de fuerzas tanto en lo interno como en las

relaciones entre los países luego de la “guerra fría”, modificaron el panorama. El Estado no se hallaba en condiciones de satisfacer por sí solo la demanda social, las reglas de las relaciones comerciales habían cambiado, la sociedad nacional había evolucionado. Surgió entonces el liberalismo social como gran sustituto programático de la ideología revolucionaria. La nueva construcción doctrinal se alejó del nacionalismo revolucionario y de la rectoría económica del Estado y puso especial énfasis en la modernización nacional y en la reforma del Estado. En realidad esta concepción reivindicaba una suerte de corresponsabilidad social como base para lograr las transformaciones necesarias. Sin embargo, en la práctica no cumplió sus objetivos declarados.

El año de 1995 fue el escenario para la crítica del liberalismo social. Se le cuestionó, en lo fundamental, por no haber realizado sus objetivos de combate a las injusticias sociales y, por el contrario, haberse perfilado como una práctica calificada de neoliberal, con toda su cauda de desigualdades. Si bien el descrédito del liberalismo social es alto, también es cierto que no se puede volver atrás, a la ideología de la Revolución, sin introducir ajustes esenciales. Dicho de otra manera, si persiste esa asociación o identificación del liberalismo social con el neoliberalismo, es muy probable que aquél deje de ser una opción o salida consensada, pero no debe olvidarse que en la situación nacional y mundial actuales se han dado transformaciones que tampoco caben en el viejo nacionalismo revolucionario.

El PRI se enfrentaba entonces a la tarea de redefinir su rumbo. Este necesario reposicionamiento ideológico no puede desligarse de otro: la definición de las fronteras del partido tanto hacia las organizaciones miembro como hacia el gobierno. En las dos direcciones ha existido una buena dosis de imprecisión que dificulta cada vez más la acción del PRI: hacia el interior porque el riesgo latente de dispersión es más fuerte que las posibilidades de cohesión; ante el gobierno porque no es lo mismo la responsabilidad de gobierno que la actividad de partido. Esta diferencia es más notoria y clara en un periodo caracterizado por la transformación pluripartidista del sistema.

El PRI es un partido de débil institucionalidad. Ésta proviene de diversos factores: de la existencia de los “sectores” y de su influencia decisiva para preservar sus espacios de poder en los diversos niveles de la estructura política;⁷ de su dependencia del medio, pues en términos materiales y políticos el partido no ejerce gran control sobre el ambiente electoral, sino más bien

sobre las clientelas que han sido sostenidas y alimentadas con recursos públicos. Más que un dominio del PRI sobre el entorno, se ha sostenido que es el gobierno, sus recursos, el verdaderamente dominante; su dependencia de la figura presidencial no sólo es un elemento decisivo, sino que está en la base misma del problema. Cuando el presidente de la República pierde un poco del control sobre su partido —lo cual está siendo cada vez más evidente—, se pierde también la coherencia de la estructura interna: los grupos se lanzan en una batalla casi sin límites, sea porque el “árbitro” está “distráido” o porque se encuentra coyunturalmente imposibilitado de ejercer el control. Ahora bien, a pesar de todo la vieja estructura, la de “sectores”, sigue siendo muy poderosa, y en su interior los grupos dominantes siguen siendo operativos. Otro aspecto que da cuenta de la debilidad institucional del PRI es la diversidad de formas organizativas en su interior. Igualmente lo ha afectado la aparición de partidos de oposición fuertes, pues ello ha hecho que los puestos de representación se distribuyan también entre los nuevos actores, afectando así la disponibilidad de espacios antes destinados casi en exclusiva al partido hegemónico. En consecuencia, la nueva circunstancia opera en detrimento de la cohesión de la coalición dominante de ese partido. La reforma del PRI —han reiterado sus dirigentes— se hará cargo de todo ello. Como dijimos al principio, el *tricolor* es un partido sujeto a cambios programáticos permanentes, pero ésa puede ser otra razón que dificulte su refundación. Para estar a la altura de los tiempos que corren, es decir, si el PRI quiere seguir siendo un polo atractivo para la ciudadanía, necesita una reforma real, no simulada ni superficial, según expresó la senadora Guadalupe Gómez Maganda.⁸

La competencia política

El cambio de dirección nacional del PRI, con la llegada de Santiago Oñate a su presidencia, se inscribe en la tendencia de preparación del partido rumbo al gran desafío de 1997. El reto es mayúsculo si se toma en cuenta la pérdida de velocidad electoral del PRI y su falta de unidad interna, amén de los fuertes cuestionamientos acerca de la relación entre el presidente de la República y el partido gobernante. Con matices diferentes a los de su antecesora, Santiago Oñate se comprometió a impulsar la reforma interna de su partido, cuyos trabajos preparatorios se venían desarrollando de tiempo atrás.

De acuerdo con declaraciones de dirigentes y hombres prominentes del PRI, hubo cierta coincidencia en lo que podríamos llamar un diagnóstico de su partido. Se admitió la falta de unidad y los lastres de ello derivados, además de la progresiva pérdida de credibilidad, como dos de los problemas fundamentales por resolver. La pérdida de presencia electoral del PRI conoce diversas causas. Se ha insistido en señalar a la crisis económica como uno de los factores determinantes, y no falta razón. Después de todo los ciudadanos evalúan al partido gobernante a través de los resultados de la acción del gobierno. El referente decisivo y más general de que disponen los ciudadanos es el de sus condiciones materiales de vida. El deterioro de los niveles de existencia se traduce de algún modo en pérdida de presencia electoral del PRI, pero ese aspecto no es suficiente para explicar la falta de credibilidad que acusa ese partido.

El Revolucionario Institucional es un partido cuyo extraordinario desarrollo se dio bajo dos condiciones esenciales: un crecimiento económico sostenido y ausencia de partidos de oposición importantes, es decir, capaces de disputar espacios de representación popular. No fue un partido inventado para la competencia política, sino más bien un organismo destinado a formar gobiernos. Su monopolio sobre los puestos políticos le permitía mantener aceiteada la maquinaria, a lo cual contribuía una estructura social relativamente homogénea. La eficacia de la estructura "sectorial" se derivaba también de su adecuación a aquella composición de la sociedad. El desarrollo de partidos de oposición, a su vez, ha sido un fenómeno paralelo al proceso de diversificación de los intereses y grupos sociales.

Cuantas veces se ha discutido la reforma interna del PRI en los últimos tiempos, se ha hablado sobre todo de tres aspectos: cambios en su estructura, su relación con el presidente y su democratización.⁹ Con respecto a su estructura, explicábamos antes la necesidad de realizar cambios cuyo sentido debe ser el de ampliar o reforzar el "coto particular de caza" del tricolor, sin que desaparezca la estructura sectorial. Dicho de otro modo, se trata de buscar un equilibrio en la composición interna, simultáneo a un trabajo intenso de penetración social. La propuesta de democratización ha estado ligada estrechamente a su conversión en un partido suficientemente cohesionado, estructurado y autónomo que recupere la capacidad de elegir a sus dirigentes y a sus candidatos a puestos de elección popular. Por lo que concierne a su relación con el presidente de la República, el problema es más ambivalente: como reacción

contra el fuerte intervencionismo del presidente en la vida interna del partido durante el sexenio 1988-1994, la exigencia interna era la de mantener cierta distancia con respecto a aquél, pero una vez que el presidente Zedillo dejó la lucha de partidos al libre juego de las fuerzas, ni la "sana distancia" ni el "sano respeto" dejaron satisfechos a los priistas. En estas tres direcciones el debate quedó inconcluso.

El desgaste

Entre los estudiosos de la política mexicana se ha reconocido que la transformación (léase democratización) del PRI es necesaria para la reforma democrática del sistema político, uno de cuyos aspectos es la peculiar relación existente entre gobierno y PRI. El presidente Zedillo propuso desde el principio de su mandato la búsqueda de una "sana distancia" entre ambos, propuesta que luego devino solicitud de alianza. Ni la una ni la otra parecen haberse cumplido, pero ello no es imputable únicamente a la falta de voluntad de las partes. El complejo momento político que vive el país es particularmente resbaladizo. Los canales internos, otrora tan efectivos para mantener la imagen preeminente del presidente de la República y su supremacía frente a los diversos grupos políticos, han ido perdiendo toda su eficacia. Ahora se habla de ruptura de las reglas no escritas, percibidas como fundamentales para el funcionamiento del sistema imperante.

Así mismo, se fue transformando eso que en México siempre se conoció como *disciplina política*. Desde el momento en que el presidente y su partido ya no mantiene el control exclusivo sobre los puestos públicos, es decir, en la medida en que los partidos de oposición comparten espacios importantes de poder, y que todo ello es resultado de la fuerza política de las oposiciones (independientemente de si su triunfo se da como resultado de los votos o de los arreglos cupulares), las expectativas de grupos tradicionalmente aliados a la elite gobernante se han visto frustradas. La consecuencia inevitable es la búsqueda de nuevos modos de hacerse tomar en cuenta, y no sólo por el equipo gobernante. Dicho de otra manera, hasta fechas recientes la *lealtad* política se procesaba por vías internas, acuerdos y negociaciones que no salían a la luz pública. El cemento de la lealtad y su lubricante provenía de la certeza fundada en las virtudes y generosidad atribuidas al modo de operar del sistema presidencialista, al monopolio de los puestos públicos

y al hecho de que el alineamiento político a la figura principal era garantía de ascenso o de protección.

Las cosas ya no fueron iguales, lo cual puede leerse como un dato positivo en el marco de la pluralidad política. La renovación de las elites ya no depende exclusivamente de los arreglos internos del PRI y del grupo gobernante, pero estos arreglos o acuerdos inevitables y necesarios, a su vez, tampoco responden ya a las razones o a la lógica de siempre. Peor todavía, la incertidumbre generó temores frente a los cuales reaccionaron incluso los expresidentes de la República. Es el *efecto Salinas*: Carlos Salinas se lanzó a una huelga de hambre al final de su sexenio, que le resultó eficaz para frenar —así fuera parcialmente— la embestida múltiple en su contra. Los expresidentes volvieron a preocuparse, no por la suerte de Carlos Salinas sino porque a partir de eso podía haber un *deslizamiento de situación* que los reubicara como blanco o presa de los ataques. Entre otras novedades, un diputado y una senadora votaron contra la propuesta de aumento al IVA, defendida por la mayoría de diputados y senadores de su partido, y Manuel Camacho Solís resolvió abandonar las filas del PRI.¹⁰

Sin duda, 1995 fue un año problemático para el PRI. Desde sus filas se aceptó la persistencia de vicios y prácticas antidemocráticas, la burocratización y debilidad de ese partido, la falta de unidad y la existencia de disputas susceptibles de crear fisuras, así como la crisis de credibilidad que lo afecta y el naufragio de la necesaria reforma interna entre lo que se dice y lo que se hace.¹¹ El dirigente nacional del PRI, Santiago Oñate, pudo entonces reconocer “que su partido está desgastado y deteriorado”.¹²

Notas

¹ Dicho acuerdo constituye “el primer paso hacia la construcción de una democracia plena”, dijo el presidente Ernesto Zedillo; según Porfirio Muñoz Ledo (PRD), puede verse “como un impulso irreversible para la transición de México hacia la democracia o tal vez como el último empeño para salvarlo de la ingobernabilidad y de la abdicación frente a intereses ajenos”; “ponen el prólogo a la creación de un espacio público necesario para fortalecer a la sociedad frente al Estado; para dinamizar al Estado mismo; para democratizar al Estado y a la sociedad; para privilegiar la corresponsabilidad sobre la autocracia y la politicidad sobre la belicosidad”, afirmó Carlos Castillo Peraza (PAN); “busca responder a los requerimientos

de la sociedad mexicana que ha dado clara muestra de madurez y que demanda procesos políticos más democráticos que fortalezcan a las instituciones y respeten la pluralidad que caracteriza a nuestro sistema político y a nuestra cultura”, expresó María de los Ángeles Moreno (PRI); Alberto Anaya (PT) dijo que a través del diálogo “se puede garantizar el establecimiento de un nuevo pacto social que nos permita enfrentar el evidente deterioro del sistema político...” Todos coinciden en la necesidad impostergable de iniciar el diálogo nacional para democratizar las instituciones y las relaciones políticas. El primer paso, establece el documento, es la reforma electoral.

² A principios de septiembre de 1994, al poner en marcha los trabajos preparatorios de la reforma interna del PRI ante los dirigentes nacionales y la Comisión Nacional de Ideología encargada de preparar la agenda de reformas, Ernesto Zedillo dijo que éstas deberían tener el propósito central de fortalecer al PRI, anticipar las condiciones del perfeccionamiento democrático de México y responder directamente a demandas planteadas por su militancia durante la campaña presidencial. Agregó que un elemento clave sería redefinir las relaciones entre el presidente de la República y su partido. Luego de aseverar que después de las elecciones los partidos no pierden sus funciones esenciales ni entran en receso, sino que tienen plena cabida en un nuevo momento de diálogo, de convergencia, de unidad nacional, de sumar esfuerzos para fortalecer el sistema de partidos, concluyó: “Como partido en el poder somos y seremos los primeros en exigir que el gobierno cumpla el programa del partido. Pero de ningún modo aceptamos que esa identificación o esa exigencia signifiquen depender del gobierno”. A su juicio, era sobre estas bases que debía desarrollarse la reforma del PRI.

³ Foro Nacional de la Democracia, organizado por el CEN del PRI, 4 de agosto de 1994 (el subrayado es nuestro).

⁴ Las comisiones de reforma interna se instalaron desde el mes de marzo de 1995, luego de la presentación de la agenda, y sus resultados deberían haber sido ser el eje de los trabajos de la XVII Asamblea Nacional del PRI, que finalmente no se realizó ese año.

⁵ Si tomamos como referencia el resultado de las elecciones presidenciales hasta 1982, el PRI nunca estuvo por debajo del 70% de los votos (en realidad su promedio era del 90%). De esa fecha a 1988 perdió alrededor del 20%, sin haber obtenido mejoría alguna en 1994. La caída es notable. El PRI, no obstante, sigue contando con el respaldo del 50% de ciudadanos activos, al tiempo que los partidos de oposición han logrado conquistar la adhesión de otro tanto; socialmente, PRI y oposición, en su conjunto, ejercen un control equiparable.

- ⁶ Véanse los discursos pronunciados en la conmemoración del 66 Aniversario del PRI, el 6 de marzo de 1995 (el subrayado es nuestro).
- ⁷ Inclusive, en algunos momentos de la historia uno de los sectores mejor cohesionado y organizado —la CTM— ha hecho las veces de partido, suplantando así al propio CEN del PRI.
- ⁸ *uno más uno*, 19/VII/95.
- ⁹ “El PRI, en su reforma interna, debe consolidar la democracia partidista y desterrar la improvisación y el arribismo. Con la reforma, las inercias y la simulación no deberán tener cabida”, dijo la senadora María de los Ángeles Moreno. En la sesión plenaria, en donde los integrantes del Consejo Político Nacional (CPN) aprobaron la agenda para la reforma interna partidista, la legisladora federal precisó que los cambios y la modernización priísta serán a fondo, sin vacilaciones. Por otro lado, Moreno Uriegas propuso la agenda para la reforma interna, la cual consta de siete temas: 1) la relación del PRI con los gobiernos (se busca fortalecer la autonomía priísta); 2) la relación del PRI con la sociedad (se diseñará una relación profunda con la sociedad); 3) la democracia interna y la carrera de partido (ésta se respetará); 4) la organización del partido (modernizar al PRI y mejorar su capacidad de respuesta política); 5) programas de financiamiento (necesario contar con nuevas fuentes de financiamiento); 6) principios y doctrinas; 7) el PRI ante la crisis (acciones y estrategias que permitan superar la crisis actual) (*uno más uno*, 6 de febrero de 1995).
- ¹⁰ Debe recordarse que tanto algunos diputados priístas como la misma CTM pidieron cambiar el modelo económico o “corregir” las líneas económicas del gobierno.
- ¹¹ Véase al respecto la prensa nacional, en particular los meses de mayo, julio, octubre y noviembre de 1995.
- ¹² “No obstante, dijo que luego de ejercer el poder desde 1929, cualquier fuerza política padece estragos, pero el PRI no ha muerto” (*uno más uno*, 16 de noviembre de 1995).